



HAL
open science

La tragedia del mediador salvaje. En torno a tres biografías indígenas de la guerra del Chaco

Nicolas Richard

► **To cite this version:**

Nicolas Richard. La tragedia del mediador salvaje. En torno a tres biografías indígenas de la guerra del Chaco. *Revista de ciencias sociales - segunda época (Quilmes)*, 2011, 3 (20), pp.49-80. halshs-00787954

HAL Id: halshs-00787954

<https://shs.hal.science/halshs-00787954>

Submitted on 26 May 2015

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Nicolás Richard

La tragedia del mediador salvaje. En torno a tres biografías indígenas de la guerra del Chaco¹

Presentación

La guerra del Chaco (1932-1935) opuso a los ejércitos boliviano y paraguayo por la posesión del Chaco boreal, territorio apenas explorado que se había mantenido hasta entonces al margen de las administraciones estatales, colonial y luego republicana. Cerca de 400.000 soldados fueron movilizados en el principal conflicto armado entre estados sudamericanos durante el siglo XX.² Una abundante bibliografía histórica y militar se ha ocupado de estudiar las circunstancias diplomáticas de la guerra, sus detalles logísticos y militares, el recorrido de tal o cual otro militar insigne o las memorias más anónimas y masivas de quienes combatieron en el Chaco. En general, todo ocurre como si la guerra se hubiese desarrollado sobre un espacio vacío e inhabitado, el “desierto” o el “infierno verde” de los manuales escolares. Sobre ese *desierto*, los ejércitos habrían dibujado por sí mismos y en el absoluto la trama de una guerra técnica, moderna y nacional.

Los que desaparecen de escena, en esta perspectiva, son por supuesto los distintos grupos indígenas que poblaban y pueblan el Chaco boreal. Se trata de grupos lingüística y sociológicamente heterogéneos, con proporciones demográficas variables y una historia compleja y también diversa de relaciones con los frentes de colonización que avanzaban hasta entonces tímidamente sobre los

¹ Una versión anterior de este artículo fue presentada en el simposio “Formas del colonialismo republicano”, VI Congreso Chileno de Antropología, San Pedro de Atacama, 20 de octubre de 2010.

² Para una visión general de la guerra del Chaco, reenviamos a las tres principales monografías publicadas al respecto: R. Querejazu Calvo (1965), C. J. Fernández (1955/1987) y la síntesis de D. Zook (1961)

márgenes del Chaco.³ Al reintroducirlos en el análisis, la guerra del Chaco se abre bajo una nueva luz, ya no solamente como un conflicto entre estados, sino como una campaña militar que abrió y aceleró el proceso de ocupación, anexión y colonización de los territorios indígenas “libres” de la región. La fundación de fortines sobre los campamentos indígenas, los desplazamientos masivos de población, la conscripción forzada o el reagrupamiento obligado en misiones y reservas son todos rasgos característicos de esta otra dimensión de la guerra, generalmente inadvertida.⁴

Nos proponemos aquí visitar este otro ángulo de la guerra a través de tres biografías indígenas.⁵ Se trata de tres individuos que mediaron de algún modo la relación entre ejércitos nacionales y mundo indígena y cuya historia ilumina, así fuese sobre un registro alegórico, la densidad, la variedad y la ambigüedad de esas relaciones. El primer individuo es el Capitán Pinturas, cacique chamacoco que participó en las exploraciones militares paraguayas en el Alto Paraguay, que estuvo al mando de una efímera “caballería chamacoco” y que combatió con el ejército paraguayo durante la guerra. El segundo es el Sargento Tarija, muchacho nivacle reclutado y formado por el ejército boliviano, luego desertor y capitán de una fugaz montonera que asoló la banda del Pilcomayo. El tercero es el Cacique Chicharrón, baqueano tomaraha que acompañó las exploraciones militares paraguayas hasta la laguna Pitiantuta, al centro del Chaco. Seguiremos a estos “mediadores” a través de los tres momentos principales del acontecimiento: la década de exploraciones y fundaciones militares que precedió al conflicto (1922-1932), los años de la guerra propiamente dicha (1932-1935) y por último, la década siguiente (1935-1945) que es la de la reorganización del espacio indígena bajo tutela estatal.

El título de este texto es una paráfrasis del bien conocido artículo de P. Clastres (1974), “Le malheur du guerrier sauvage”. Clastres argumenta, en las sociedades del Pilcomayo, la imposibilidad estructural del “guerrero salvaje” para ejercer funciones políticas. Esta imposibilidad tendría que ver con una disposición psicológica: el guerrero estaría demasiado ocupado, rondado, trabajado por *la muerte* —ahí está su *malheur*— como para desplegar las habilidades conciliatorias y oratorias que le exigiría la función política. Algo de esa fatalidad, aunque de otro modo y por otras razones, marca la biografía de los tres “mediadores” que nos damos aquí por objeto. Algo, en todo caso, que también tiene que ver con una indisposición psicológica que resulta de una posición sociológica, un malestar o una melancolía, la *tragedia* del “mediador salvaje”.

³ Para una visión de conjunto sobre las poblaciones indígenas del Chaco reenviamos al estudio clásico de A. Métraux (1946). Una síntesis útil del panorama indígena actual en el Chaco boreal en W. Biedermann y J. Zanardini (2001).

⁴ Para una visión de conjunto de la dimensión indígena de la guerra del Chaco véase N. Richard (2008c).

⁵ Los distintos materiales que informan estas biografías han sido registrados en el marco del programa de investigación “Les indiens dans la guerre du Chaco”, Agence Nationale de la Recherche, 2008-2011, CNRS-Université de Rennes 2. El corpus total, en curso de publicación, consta de 90 horas de registro audiovisual en idiomas nivacle, ishir, tomaraha, angaité, ayoreo, manhui y guaraní, grabado entre 2008-2010 en distintas comunidades indígenas del Chaco boreal (Paraguay).

Primer momento: enganche con el ejército

En las dos décadas que preceden la guerra, los ejércitos paraguayo y boliviano avanzan sobre el Chaco en sucesivas campañas de exploración, de fundación de fortines, de construcción de rutas, etc. Se trata de contingentes militares reducidos que exploran y se internan en un Chaco desconocido y heterogéneamente poblado.⁶ En esta fase, la articulación con el mundo indígena es decisiva, pues es a través de este que los ejércitos descifran la posición de las aguadas, de los piques y vectores de penetración en el territorio y es también a través de este que tienen noticia de la posición de patrullas y fortines enemigos. Es, por último, a partir del mundo indígena que los soldados suplen las carencias logísticas y alimentarias que caracterizan esas campañas paupérrimamente equipadas que se adentran progresivamente en el Chaco. El resultado, en términos generales, es que el mapa de la penetración y fundaciones militares en el Chaco va calcando progresivamente este otro mapa, sumergido, que es el de las aguadas, campamentos y fronteras indígenas del territorio. Al norte, la línea de fortines calca la agitada frontera entre los territorios ishí y ayoreo. Al centro, las exploraciones bolivianas y paraguayas se reparten exactamente sobre la linde de los territorios nivaclé y enlhet. Sobre el Pilcomayo, la posición de los fortines empata precisamente a la de los principales campamentos manhui, nivaclé y maká, etc. Este encastramiento del dispositivo militar sobre la morfología política del Chaco indígena muestra bien hasta qué punto el avance militar es dependiente o subsidiario de las alianzas, tratos y connivencias que los ejércitos establecieron con el espacio indígena.⁷

La documentación militar que emana de esas campañas menciona una larga lista de “caciques” y “capitanes” con los que, según indican los exploradores, van negociando su avance al Chaco. Cacique Ramón, Cacique Cabezón, Cabo Juan, Cacique Wiwi, Capitán Escopeta, Cacique Chicharrón, Sargento San Martín, Capitán Pinturas, Sargento Tarija, Mayor Díaz, etc., animan la geografía política del Chaco tal y como la van describiendo los militares y algo de aquello quedó transcrito en la toponimia militar, por ejemplo, en el fortín paraguayo “Cacique Ramón” o en el boliviano “Cacique Cabezón”,⁸ tanto y como en el actual parque nacional “Cabo Juan” en Bolivia.⁹ La primera pregunta que cabe hacerse, entonces, es la del tipo de personajes que se esconde tras esos títulos, la del grado de realidad sociológica de todos estos “caciques” mencionados por los militares. O entonces, más ampliamente, la del tipo de articulación política que se establece entre esas primeras avanzadas y los grupos indígenas del Chaco. ¿Con qué apoyos e interlocutores

⁶ Para una apreciación general de las exploraciones y fundaciones militares que precedieron la guerra remitimos a los capítulos introductorios de las tres monografías citadas. Véase también el estudio o justificación de O. Moscoso (1939) y el estudio de S. Barreto (1969), así como el tomo primero del estudio de A. F. Casabianca (1999).

⁷ La superposición del mapa militar sobre el mapa político indígena del Chaco en N. Richard (2007), en particular la serie cartográfica que acompaña el artículo.

⁸ Para una tabla detallada de la posición, año de fundación y sucesivos nombres de los fortines bolivianos y paraguayos durante la guerra véase J. C. Joy (1992).

⁹ Sobre la figura de Cabo Juan, véase R. Fuente Bloch (1992).

negocian los ejércitos su entrada al Chaco? ¿A qué tipo de cuerpos políticos representan o responden estos? ¿Qué posición ocupan estos apoyos en la sociología indígena? Etcétera.

Capitán Pinturas

Aparece mencionado por primera vez en los informes que levanta el general Juan Belaieff, tras sus exploraciones al interior de Bahía Negra, en 1924, 1925 y 1928.¹⁰ Belaieff hizo carrera en el ejército tzarista, jugó sus últimas bazas con Wrangel en Crimea y escapó, como otros tantos miles de rusos blancos más, en medio de la debacle, hacia Constantinopla. Un improbable concurso de circunstancias le hizo encallar unos años más tarde en Paraguay, donde se puso a las órdenes del Ministro de Guerra.¹¹ Se le encomienda la supervisión y planificación de la línea de fortificaciones paraguaya sobre el Chaco. Su primera misión, en 1924, es reconocer, cartografiar y preparar la defensa de Bahía Negra, el más septentrional de los puertos fluviales paraguayos. Belaieff intenta explorar y reconocer los territorios situados hacia el interior, en la trastienda chaqueña del puerto. A algunos días de marcha, según declara en su informe, en las cercanías de la laguna Oia, dice haberse encontrado con “el cacique chamacoco llamado Churbit (Pinturas), que nos recibió con los brazos abiertos” (Belaieff, 1924). Pinturas acompañará esta y las siguientes exploraciones de Belaieff en la zona. Es a partir de su encuentro con el “cacique” Pinturas, que Belaieff elevará al Ministro de Guerra paraguayo el proyecto de creación de una “caballería chamacoco” y de un “cuerpo de guarda fronteras” chamacoco, a cargo del mismo Pinturas, que bajo las órdenes de Belaieff debía constituir, “como en todas las naciones que tienen colonias”, el germen de la “tropa de color” paraguaya: “todas las principales naciones que tienen colonias han formado y a veces basado sus fuerzas en la tropa de Color, es inútil buscar ejemplos. Y como siempre mi patria [Rusia] ha tenido la caballería, la más numerosa y la más eficaz, probada en siglos de guerra, puedo afirmar que el Paraguay puede tener si quiere, por nada, la mejor caballería en el ‘nuevo continente’; y mejor todavía que la caballería inglesa, aún la de sus famosos ‘Sikhs’ y de la caballería Negra Francesa” (Belaieff, 1928b). Ni la caballería ni el cuerpo de guarda fronteras chamacoco llegaron nunca a constituirse. Pero el asunto permitió que Pinturas recibiera uniforme, armas e instrucción y que se implicara definitivamente en el despliegue militar paraguayo en la zona. Comúnmente se menciona a Pinturas junto a otros tres chamacocos: Manuel Tiogod Silva, el teniente Naujes y Yuableh Espinoza. El

¹⁰ Véanse los informes de J. Belaieff guardados en el Archivo del Ministerio de la Defensa Nacional, Asunción, Vol. Notas reservadas, Informes sobre movimientos de tropas y agentes extranjeros, telegramas. En particular Belaieff (1924, 1925, 1928a, 1928b).

¹¹ Las memorias inéditas del general ruso están hoy en día perdidas. Carlos J. Fernández (1955, 1960-1964), que las consultó, transcribe un fragmento relevante en el que se apoyan Zook (1961), Que-rejazu Calvo (1965) y Barreto (1969). La fuente publicada más completa al respecto es A. Von Eckstein (1986). Von Eckstein señala que las memorias del general, que contenían también datos relevantes sobre los militares rusos contrarrevolucionarios, fueron recuperadas por los servicios secretos soviéticos tras su muerte.

grupo de baqueanos-militares acompañó la fundación del fortín Coronel Bogado (1931), partiendo de Bahía Negra, y de los fortines Torres (1931) y General Díaz (1927), partiendo de Fuerte Olimpo. Estos fortines son la trama principal del dispositivo militar paraguayo en la zona; pero es importante notar también que estos se sitúan exactamente en la frontera del territorio chamacoco, por un lado ahí donde se hace sentir la presión creciente de bandas ayo-reo (al noreste, sobre el eje fortín Galpón-Coronel Bogado) y por el otro en donde empieza el país tomaraha (al este y sureste, sobre el eje General Díaz-Torres): ¿quién está fortificando qué territorio? Como fuere, Pinturas y su grupo pasarán en adelante a constituir el principal articulador de las relaciones entre el ejército paraguayo y los grupos ishir o chamacoco del *hinterland*.

Pues bien, ¿quién es el “Capitán Pinturas”? Al margen de las fragmentarias menciones al personaje en las fuentes militares, hay un bien nutrido corpus oral que nos permite trazar someramente su biografía.¹² Hay dos cuestiones que anotar sobre este corpus. El primero tiene que ver con su geografía. El epicentro narrativo sobre Pinturas se sitúa fundamentalmente en la actual comunidad Ebytoso de Puerto Diana, que es donde se instaló Pinturas tras la guerra y donde viven algunos de sus parientes. Se conoce también su historia en Karcha Balut y más tímidamente en Puerto Esperanza, en ambos casos a través de familias que migraron desde Puerto Diana. Más al sur, en cambio, lo de Pinturas desaparece casi completamente y ni en Leda, ni en María Elena ni en Olimpo es figura relevante. La segunda cuestión, más difusa y más compleja, tiene que ver con el estatus de esa historia y de su personaje. Volveremos sobre ello más adelante, pero digamos desde ya que la historia de Pinturas no goza de gran prestigio y no es sin cierta incomodidad que los narradores se libran a ella. Ese silencio incómodo tiene que ver con un punto crucial en la biografía de Pinturas: no es chamacoco. En efecto, según concuerdan todos los narradores, Pinturas es un joven cautivo tomaraha que ha sido criado por sus captores chamacoco. De donde esa dificultad propiamente chamacoca para heroizar su historia. Los relatos empiezan así por describir el estado de enemistad en el que vivían ambos grupos y por detallar las circunstancias en las que Pinturas fue capturado. Como era todavía frecuente en ese entonces, grupos reducidos de chamacocos ribereños (Ishir ebytoso, Ishir Horio), armados y montados, emprendían recorridos sistemáticos hacia el interior del territorio buscando sorprender a alguna familia o campamento tomaraha para abastecerse en cautivos –fundamentalmente mujeres y niños. Según señalan las fuentes de principios del siglo XX, los cautivos constituían una porción demográficamente preponderante en las

¹² Nos apoyamos en adelante en las entrevistas realizadas en 2009 en las comunidades ishir de Puerto Diana, Karcha Balut y Puerto Esperanza. En particular: Serafín Escobar (1-3 de marzo de 2009, Puerto Diana), Regina Balbuena (1 de marzo de 2009, Puerto Diana), Silverio Romero (28 de febrero de 2009, Puerto Diana), Tito Pérez (7 de marzo de 2009, Karcha Balut), Chiquilín Vera (5 de marzo de 2009, Karcha Balut), Artemio Riso (8-9 de marzo de 2009, Puerto Esperanza). Véanse además, P. Barbosa, C. Hernández & N. Richard (2009), “Rapport de terrain janvier-mars 2009”, inédito, programa de investigación “Indiens dans la guerre du Chaco”, CNRS-Université de Rennes 2.

aldeas chamacoco. Correlativamente, se había ido desarrollado en estas una “nobleza” de “chamacocos puros” –los términos son de Boggiani–¹³ que se organizaba endogámicamente y que monopolizaba el poder político. Este estrato creciente de cautivos servía de variable de ajuste en las relaciones con el frente de colonización, al que proveía en fuerza de trabajo y mujeres, sirviendo como amortiguador sociológico entre este y los campamentos chamacoco del interior.¹⁴ Pinturas forma parte de ese estrato de cautivos. Es por ello que Belaieff le ha conocido bajo el mote de “churbit” o “chuebit”, *pintado, manchado, sucio*, con el que lleva escrito su origen espurio. Pinturas murió en 1972 y tenía entonces, según Cordeu, que lo entrevistó personalmente, algo de ochenta y cinco años (Cordeu, 2008). Es decir que cuando lo cruza Belaieff el personaje no pasaba de los veinticinco años de edad. Así pues, el “cacique” de los chamacoco, que era por entonces un joven cautivo tomaraha que no participaba, porque era cautivo, de la “nobleza militar” chamacoco ni, porque era joven, de las estructuras gerontocráticas de autoridad política indígena.¹⁵ Al contrario, el muchacho forma parte de una población flotante y marginal, desclasada en los campamentos indígenas del interior y no totalmente integrada en la dinámica fronteriza de los puertos paraguayos.

Teniente Tarija

La primera mención a Tarija, rutilante, brilla al centro del bien conocido incidente “Rojas Silva”, que casi adelanta la guerra en cuatro años. En 1928, en efecto, en circunstancias extremadamente confusas, una patrulla paraguaya es atacada en las cercanías de un fortín boliviano, teniendo por desenlace la muerte del teniente Rojas Silva, primer “mártir” paraguayo de la guerra. El incidente es confuso, pues el mando paraguayo no acaba nunca de saber si la patrulla ha sido atacada en regla por una unidad boliviana, o ha sido presa de una emboscada india, o aun de ambas, en una confusión que tomará algún tiempo en disiparse.¹⁶ El malentendido parece provenir de la identidad de uno de los que dirigían el ataque, un tal “sargento Tejerina” o “sargento Tarija”, según las informaciones. Treinta años más tarde, Barreto, que es quien mejor historió los hechos, insistía todavía en que “nadie conocía realmente como había muerto Rojas Silva, si en acción de guerra o simplemente asesinado por el colla Tejerina” (Barreto, 1969). El “colla Tejerina” reaparecerá todavía varias veces, ora como un “chulupí que era sargento”, ora como el “sanguinario sargento” que acabó con Rojas Silva.¹⁷ Varios años más tarde, volveremos sobre ello, la prensa argentina lo retra-

¹³ Véase G. Boggiani (1894 y 1898).

¹⁴ Para el desarrollo de este argumento véanse Susnik (1969) y E. Cordeu (2004). Para una lectura histórica del problema véase Richard (2008a).

¹⁵ Para una descripción de las estructuras gerontocráticas de autoridad política véase M. Chase-Sardi (1989).

¹⁶ Quien se detiene con mayor detalle en el incidente Rojas Silva es S. Barreto (1969, p. 113).

¹⁷ Al margen de Barreto (1969), Tarija o Tejerina es por ejemplo mencionado por Abente C. S. (1989) y por A. Hoyos (1932)

ta dirigiendo una montonera de “indios y desertores” y hay quien lo imaginó al mando de una bien dudosa “milicia chulupí”. A poco andar, Tarija pasó a simbolizar la alianza entre el ejército boliviano y los grupos nivaclé del Pilcomayo medio. Es en este sentido que Casabianca puede hablar de la “milicia chulupí” organizada por el ejército boliviano y que el ingeniero R. Kehn, que espiaba para Paraguay desde Media Luna, sobre la frontera argentina, advertía al alto mando paraguayo sobre la multiplicidad de “tribus amigas” con las que contaban los bolivianos en sus posiciones sobre el Pilcomayo (Kehn, 1929).

¿Quién era Tarija? La historia de Tarija¹⁸ es bien conocida en Esteros y en Fischat (actuales misiones de San José de Esteros y San Leonardo de Escalante), cerca de los antiguos fortines bolivianos Esteros y Muñoz. Aguas arriba por el Pilcomayo la historia va perdiendo fuerza. Se sabe todavía de Tarija en Mistolar, frente al antiguo fortín Linares, pero ya se pierde su rastro en P. Peña, sobre el antiguo fortín Guachalla. La historia de Tarija es también bien conocida en el “barrio nivacle” de Filadelfia –comunidad Uje Lhavos– pero todo indica que la historia llegó hasta ahí por medio de las numerosas familias provenientes de Esteros y Fischat, lo que explicaría por qué la historia desaparece en la otra barriada nivacle de las colonias menonitas, en Neuland –comunidad Cayin ô’Clim– donde son muy pocos los que vienen de Esteros o de Fischat. La historia suena también en Yishinashat, pero ahí también hay un grupo importante que vino desde Fischat. No hay noticias de Tarija en las comunidades más septentrionales, cerca de Mariscal Estigarribia, ni en las comunidades más orientales como Yalvhe Sanga. Desafortunadamente, no contamos con información sobre la comunidad de Novoctás, que es la más inmediata al antiguo fortín Sorpresa, donde murió Rojas Silva. En síntesis, el epicentro narrativo de la historia de Tarija se sitúa indudablemente sobre el eje Esteros-Fischat, es decir, en torno al antiguo sistema de fortines bolivianos de Esteros, Muñoz y Tinfunque, que es donde transcurren los hechos relatados.

El final de Tarija es objeto de las hipótesis más disímiles; su principio, en cambio, es más o menos consensual. Tarija habría nacido en las cercanías de Fischat y es capturado por el ejército boliviano cuando no tenía más de diez años. Según una de las versiones, el grupo familiar de Tarija fue sorprendido por una patrulla boliviana cuando volvían de la pesca y solo se habría salvado de la masacre el niño Tarija.¹⁹ Según otra versión, una patrulla boliviana asaltó una aldea nivacle en busca de mujeres. Estas corrieron al monte a esconderse con sus niños, pero en la confusión olvidaron al pequeño Tarija, que llora entre el humo y los disparos hasta que

¹⁸ Nos apoyamos en adelante en las entrevistas realizadas en 2008 y 2009 en las comunidades nivacle de San Leonardo Escalante, San José Esteros, Media Luna, Uje Lhavos y Yishinashat. En particular, Francisca Aquino (2 de septiembre de 2009, San Leonardo Escalante), Ciriaco Ceballos (27-28 de julio y 15-17 de agosto de 2008, San Leonardo Escalante), Cecilia Flores (19 de agosto de 2008, Media Luna), Francisco González (21 de agosto de 2008, San José Esteros), Leguan (24-26 de julio 2008 y 14 de septiembre 2009, San Leonardo Escalante), Lidia García (28 de agosto de 2009, Uje Lhavos), Francisco Saravia (28-30 de agosto de 2009, Uje Lhavos), Carlos Gutierrez (3 de septiembre de 2009, Yishinashat). Transcripción en P. Barbosa, C. Hernández, N. Richard (2008), “Rapport de terrain juillet-septembre 2008”, inédito, programa de investigación “Indiens dans la guerre du Chaco”, CNRS-Université de Rennes 2; y en P. Barbosa, R. Reveco, N. Richard (2009), “Rapport de terrain juin-septembre 2009”, inédito, programa de investigación “Indiens dans la guerre du Chaco”, CNRS-Université de Rennes 2.

¹⁹ “Ciriaco Ceballos”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

lo recoge un soldado.²⁰ En todos los casos Tarija crece y es educado en el fortín boliviano de Esteros. Se dice que en el fortín Tarija fue adoptado por un tal Santa Cruz,²¹ que era el oficial al mando, aunque otros afirman que lo fue por una boliviana de nombre “Juanita”.²² Como sea, el niño tuvo una infancia tranquila, aprendió a leer y a escribir, se inició en la milicia hasta ascender a sargento y hay incluso quien dice que llegó a hablar corrientemente el idioma de los bolivianos, que era otro y distinto al de paraguayos y argentinos. Alguien dice que Tarija aprendió todo eso porque el oficial al mando lo dejó desde temprano a cargo del teléfono del fortín.²³ En otra versión, la tropa terminó tomándole cariño porque Tarija era el encargado de tocar la trompeta y llamar al almuerzo.²⁴ Todos coinciden en que la familia nivaclé de Tarija habría terminado por olvidarse del muchacho y que en todo caso no supieron de él sino hasta muchos años más tarde, cuando lo reconocieron bajo el uniforme militar. Como fuera, el sargento Tarija, símbolo y piedra angular de una supuesta alianza entre el ejército boliviano y los grupos nivaclé del Pilcomayo medio, resulta ser un muchacho secuestrado y educado por la oficialidad boliviana, sin posición, ni rango, ni legitimidad alguna en el interior del mundo indígena al que, dicen, representa. Una vez más, pues, no hay aquí ni cacique, ni jefe ni feroz guerrero indígena, sino un personaje inorgánico y dislocado, sobre el que viene a proyectarse la fantasía colonial de los comentaristas militares.

Cacique Chicharrón

En su quinto intento por adentrarse al centro del Chaco para tomar posesión de “unas lagunas” de altísimo valor logístico y estratégico en el desierto chaqueño, que serán a la postre la detonante del conflicto, las patrullas de exploración paraguayas dicen haber contado con la “invalorable” ayuda del “Cacique Chicharrón”. La primera mención es nuevamente de Belaieff: “con el mismo vapor [Parapití] llegó también un indio chamacoco bravo [tomaraha], enviado para mí por el Señor Abelardo Casabianca, Jefe del Obraje de Sastre [...] cuyos servicios se probaron después inapreciables para el éxito de la comisión” (Belaieff, 1928). En el detallado relato de la expedición con la que Paraguay tomó posesión de la laguna Pitiantuta, A. von Eckstein menciona también al “Cacique Chicharrón”, con quien se encuentra por primera vez en Asunción (Von Eckstein, 1986, p. 13), en circunstancias sobre las que volveremos más adelante. Progresivamente la figura del Cacique Chicharrón irá adoptando una envergadura regional. Es todavía hoy en día

²⁰ “Leguán”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

²¹ “Ciriaco Ceballos”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

²² “Carlos Gutierrez”, en Barbosa P. *et al.* (2009).

²³ “Francisco Saravia”, en Barbosa P. *et al.* (2009).

²⁴ “Leguan”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

frecuente escuchar hablar de él entre los militares de la zona y es uno de los pocos indígenas en haber tenido el “honor” de ser enterrado “como cristiano”, en el cementerio de Puerto Casado.²⁵ Los militares entran en contacto con él a través del capataz del obraje de Puerto Sastre, uno de los principales puertos madereros del río, desde donde salía uno de los trenes de trocha angosta que auscultaban por 100 kilómetros la profundidad chaqueña. Es recordado como aquel que abrió al ejército paraguayo el corazón del Chaco boreal. La cooperación del Cacique Chicharrón permitió al ejército paraguayo ocupar Pitiantuta y conectar el dispositivo militar que se abría en Bahía Negra con el que se desplegaba en Punta de Riel, unificando así la línea de fortificaciones paraguaya.

Hay distintos registros de la “historia del Cacique Chicharrón”.²⁶ Por circunstancias sobre las que volveremos más adelante, el núcleo de la actual comunidad tomaraha de María Elena —que es la única comunidad tomaraha sobreviviente— desciende directamente de los de Chicharrón, de modo que en más de una ocasión se ha pensado en llamarla “comunidad indígena Cacique Chicharrón”, aunque el asunto terminó decantando en un más patriótico “comunidad indígena Pitiantuta”. Ahí está naturalmente el epicentro narrativo de su historia. Más al norte, en las comunidades Ebytoso chacacoco, por una vieja rencilla todavía vigente, aunque se sepa de Chicharrón, los viejos se obstinan en silenciar su historia y en desacreditarla. Al sur, en cambio, a pesar de que se trata de otras gentes y de otras lenguas, lo de Chicharrón es bien conocido entre los antiguos obrajeros de Sastre y Casado, por ejemplo en la actual comunidad mascoy de Riacho Mosquito o en el “pueblito indígena” de Casado (Barbosa *et al.*, 2009).

Las versiones más detalladas de su historia principian siempre por narrar la expedición que llevó a Eckstein y Belaieff hacia Pitiantuta. Belaieff, según se dice, ha intentado varias veces y con distintos baqueanos alcanzar la laguna, con nulo resultado. Hasta que Chicharrón, que es el más joven de todos, accede a guiarlos. Pero según concuerdan los informantes, la apuesta es arriesgada. En efecto, se dice que en Pitiantuta vivían los “parientes y enemigos” de Chicharrón y la cuestión era suficientemente complicada como para que el joven baqueano tuviese que conformarse con anunciar la posición de la laguna sin atreverse, en ese primer instante, a entrar en ella: “[...] por eso es que Chicharrón ya no podía ir donde el grupo que estaba en Pitiantuta. Ahí estaban su hermana y otros parientes, pero no puede entrar en la comunidad porque ya tenía enemigos”.²⁷ Como es común en el Chaco, el hombre no tiene nunca sus afines en la comunidad de sus hermanas, sino en la de su mujer, a donde ha ido a instalarse. Pero a esta regla uxorilocal se

²⁵ Hay una estatua, una cripta o una gran cruz en honor a Chicharrón que se mueve por el Chaco. Los viejos dicen siempre que Chicharrón tuvo “curuzú” (tuvo su cruz) y un “monumento”. El finado Palacios Vera decía que ese monumento estaba en Pozo Colorado, a la vista de todos, pero varias veces hemos recorrido infructuosamente el lugar sin encontrar nada. Emilio Aquino, que es la principal fuente sobre la biografía de Chicharrón, así como Luciano Martínez, que es su pariente, afirman que la tal curuzú está en el cementerio de Casado (actual Puerto La Victoria), pero en dos ocasiones hemos rastreado el viejo cementerio con análogo resultado. O bien los viejos son presa de un delirio colectivo, pero es improbable, o bien el susodicho monumento es irreconocible —porque Chicharrón tiene otro nombre, porque se lo comió el tiempo—, o bien, por último, no está ni en Pozo Colorado ni en Casado, sino por ejemplo, pero no hemos podido verificarlo, en el cementerio de Sastre (actual Puerto La Esperanza): ¿dónde estás Chicharrón?. Palacios Vera, “Historia de chicharrón”, en Richard (2008a, vol. II).

²⁶ E. Cordeu registró una primera versión en Karcha Balut, en el 2000. Otra versión fue registrada en María Elena, en el 2003 (véase Richard, 2008a). Nos apoyamos aquí en las entrevistas realizadas en 2009 en la comunidad tomaraha de María Elena y en Fuerte Olimpo. En particular: Luciano Martínez (21 febrero 2009, María Elena) y Emilio Aquino (20-26 de marzo de 2009, María Elena y Fuerte Olimpo). Véase P. Barbosa, C. *et al.* (2009), “Rapports de terrain janvier-mars 2009”, inédito, programa de investiga-

superpone aquí otro problema, que tiene que ver con la delicada situación política emergente en la zona. Hace no mucho que la línea del tren maderero ha tocado territorio tomaraha. Un porción importante de la gente, en particular los más viejos, han reulado hacia el interior del Chaco, en dirección de Pitiantuta, alejándose del ajetreo industrial. Otra porción en cambio, en particular los más jóvenes, se ha ido acercando poco a poco a la línea para canjear favores o confundirse entre la masa de hacheros y peones.²⁸ Es ahí, en los todavía incipientes obrajes tanineros del interior de Puerto Sastre, que Chicharrón ha trabado relación con el capataz Casabianca, que es quien se lo ha “enviado” a Belaieff. Chicharrón no era todavía Chicharrón y no pasaba los veinte años de edad. La vida de Coachiné—que era su nombre indio—avanzaba en dirección opuesta a Pitiantuta, hacia el puerto, aunque los viejos no estuvieran totalmente de acuerdo, montado en esa primera locomotora que traficó el corazón del Chaco. Lo de “cacique”, tanto como lo de “Chicharrón”, le vino más tarde de sus frecuentaciones militares.

*

Pueden apuntarse desde ya algunas conclusiones sobre este primer momento o esta primera etapa en la biografía de los mediadores. En términos generales, puede afirmarse que los ejércitos no encuentran nunca sus apoyos locales en formas ya constituidas de poder político. Los “caciques”, los “capitanes” y los “mayores” de los que hablan las crónicas no tienen realidad sociológica. Son un efecto retórico, un “figura” del discurso militar. Algo de eso se deja adivinar en el trato peyorativo, en el oxímoron irónico con el que se los nombra: “Cacique Chicharrón”, “Cacique Cabezón”, “Cacique Pinturas” se construyen sistemáticamente por contradicción entre la nobleza del rango—“cacique”—y la miseria heteróclita del nombre—chicharrón, cabezón, pinturas. “Figura” del discurso militar que se ha anidado en la experiencia colonial de otros teatros y que se proyecta obstinada y ciega sobre un Chaco perplejo: como si todo ejército, entrando en territorio *indígena*, no pudiera más que encontrar caciques.

Por el contrario, los militares reclutan sus apoyos en un estrato de personajes inorgánicos, desclasados o marginales respecto de las formas de autoridad y legitimidad política vigentes. Se trata paradigmáticamente de cautivos o mestizos, personajes descolgados o arranchados en los suburbios de la frontera. Hay un dato transversal, recurrente de lado a lado del Chaco: se trata siempre de personajes jóvenes, en torno a los veinte años de edad. Aun si las formas de concentración política en el Chaco son extremadamente

ción “Indiens dans la guerre du Chaco”, CNRS-Université de Rennes 2. Véase también E. Cordeu, A. Fernández *et al.* (2003) y N. Richard (2008a), vol. II.

²⁷ “Historia de elebyk y coachiné”, en N. Richard (2008a, vol II).

²⁸ H. Baldus (1931) describe cómo, remontando la línea del tren, entró en contacto con los “tomaraha”.

débiles –y variables, por ejemplo, entre los cientos de individuos reunidos bajo una jefatura nivacle sobre el Pilcomayo y las decenas de personas que integran una banda ayoreo o tomaraha en el desierto septentrional– cabe preguntarse por el tipo de relación entre el mundo indígena y el frente de colonización que preexistía a la entrada en escena de estos mediadores. Algo de ello transluce en los relatos. Pues si los cautivos funcionan, en el Alto Paraguay, como variable de ajuste en las relaciones con el frente de colonización es justamente porque hay contradicción entre este y los principales campamentos chamacoco que se esconden a cincuenta o cien kilómetros de distancia. Sobre el Pilcomayo, las circunstancias en las que se captura a Tarija muestran asimismo la tensión que prevalecía en las relaciones entre militares y las jefaturas nivacle del Pilcomayo. Y hubiese sido difícil para Belaieff convencer a los viejos de Pitiantuta para que le abrieran el camino a una zona que les servía entonces, justamente, de refugio ante el avance del frente colono. En general, los relatos sobre la guerra del Chaco son precedidos por otra secuencia narrativa que trata de un período cronológicamente anterior y que describe los distintos ciclos de violencia que incendian periódicamente las relaciones entre el frente colono y el mundo indígena. En el Pilcomayo, la secuencia sobre “el asesinato de Santiago y Patrón” o las diversas acciones que rodean la historia del “Cacique Tofaai” –que mandaba sobre la zona de los futuros fortines Tinfunqué y Muñoz– son suficientemente explícitos al respecto (Barbosa y Richard, 2010). En el Alto Paraguay, hay un sistema de relatos registrado en varias versiones que describe en detalle un ciclo violentísimo de enfrentamientos entre el destacamento paraguayo de Bahía Negra y los grupos ishir del interior.²⁹ Como fuera, antes de la entrada de los ejércitos al Chaco, las relaciones entre el mundo indígena y el frente colono son fundamentalmente contradictorias y es difícil imaginar que los distintos tipos de autoridad indígena entonces vigente hubiesen abierto el desierto a los militares. Las “alianzas” que enarbolan los exploradores militares no consisten pues en pactos orgánicos o colectivos, sino en el reclutamiento fundamentalmente individual de personajes jóvenes y descolgados que justamente por tal condición y en esa circunstancia pasarán a constituirse en los mediadores privilegiados de esa relación.

Hay por último un rasgo difuso, también común a estos personajes, y que es que nunca son de donde se los encuentra. Hay un desarraigo, una anomalía, una extranjería en ellos. A Chicharrón se lo encuentra en Puerto Sastre pero es de Pitiantuta, a donde no puede volver. Tarija vive en el fortín boliviano y ha perdido contacto con los campamentos nivacle. Pinturas, por último, vive entre

²⁹ H. Baldus (1927), que visita Bahía Negra en 1924, recoge noticias del incidente. Dos relatos sobre el mismo en “Chiquilín Vera” y “Rafael Pallá”, en Barbosa *et al.* (2009).

sus captores chamacoco marcado por su origen tomaraha. Como si, entonces, la experiencia militar de estos personajes tomara la forma de un “retorno” y la exploración militar retrocediera la biografía del mediador: Chicharrón debe mostrar Pitiantuta, Pinturas explorar territorio tomaraha y Tarija guiar a los militares por territorio nivacle.

Segundo momento: la guerra

A partir de 1928 la presencia militar en el Chaco se vuelve masiva y la ocupación se consolida. Durante la guerra, a partir de 1932, el contingente militar desplegado sobre el Chaco triplica en número al total de la población indígena de la zona.³⁰ Esta desproporción –pues la guerra del Chaco es ante todo una guerra *desproporcionada*– es fundamental para entender cómo la cuestión indígena se ve progresivamente subsumida y marginalizada en el trámite del acontecimiento. La inmensa mayoría de los conscriptos movilizados desconoce el Chaco, no ha establecido ni establecerá relación durable con el mundo indígena y adolece de la larga experiencia que en la década anterior acumularon los que exploraron y reconocieron la región. Los fortines son ahora importantes, bien comunicados y regularmente abastecidos desde el exterior. Es una guerra masiva y tecnificada en la que la dimensión indígena se vuelve superflua. La caballería chamacoco de Belaieff o las milicias chulupí con las que fantasean los espías paraguayos son irrisorias frente al alud de diesel, metralla y mortero que barre de un lado a otro el Chaco en apenas tres años. La concepción colonial de los exploradores de la década anterior cede ante una guerra moderna y nacional: desaparecen los caciques, las plumas y la “tropa de color”, se distribuyen uniformes y banderas, la conscripción es individual, la guerra disloca y “nacionaliza” el espacio indígena.

Capitán Pinturas

Es la consagración del personaje. Toda su vida, más tarde, es una rememoración, una glosa o una nostalgia de esos años de guerra. Pinturas guardará celosamente, hasta sus últimos días, el uniforme y el diploma de “Capitán honorario del ejército paraguayo” que la guerra le entregó (Cordeu, 2008). Cada año, hasta el último, Pinturas desfila por las calles de Bahía Negra junto a la guarnición militar para los aniversarios del armisticio. Hay tres secuencias que retratan el paso de Pinturas por la guerra. Casi no tienen trama,

³⁰ Bolivia y Paraguay movilizaron cerca de 400.000 soldados. La población indígena del Chaco boreal en ese entonces puede estimarse entre 60.000 y 80.000 individuos. Véase Capdevila *et al.* (2010).

son tres imágenes, casi tres fotografías –una forma asintagmática del recuerdo– que permiten esbozar, tímidamente, esta escena.

En la primera, Pinturas tiene un rol complejo, bivalente.³¹ Es un juego de disfraces, una cuestión de *pinta*. Paraguay ha adquirido hace poco la cañonera Humaitá cuyo destino es subir y bajar infinitamente el río homónimo, entre Asunción y Bahía Negra. Debe también recoger todo lo que haya de paraguayos en la zona para alistarlos y enviarlos al frente, que contra todo pronóstico ha terminado organizándose a cientos de kilómetros de Bahía Negra, sobre el Chaco central. Es común, entonces, que cuando el barco despunta en el horizonte –aunque en ese río de meandros, el oído avisa antes que la vista– muchos prefieran escabullirse en el monte y buscar asilo en las *tolderías* indias o en algún rancho aislado para sustraerse al Humaitá y a su guerra. Pinturas, como Naujes y Espinoza, ya tienen uniforme y andan de soldados por entre los soldados. Entonces, a los oficiales se les ocurre que Pinturas es doble y que puede lo que los otros soldados no pueden: Pinturas, que vuelve a ser Chuebit, se quita su uniforme y anda de indio entre los indios recorriendo las *tolderías* buscando desertores y paraguayos escondidos. De vuelta en Bahía Negra, Chuebit, que vuelve a ser Pinturas y que se ha puesto otra vez el uniforme, denuncia y desmascara a los recalitrantes, acompañando a los militares por entre las *tolderías* para que los apresen y embarquen hacia el frente.

La segunda escena es límpida. Desde que Pinturas y su grupo se han enganchado en el ejército, la *toldería* *chamacoco* que linda con Bahía Negra –la actual comunidad *ishir* de Puerto Diana– ha ido creciendo y varia gente del interior se ha arranchando en ella. Entonces de tanto en tanto, Pinturas, Naujes y Espinoza vienen a visitar la *toldería*. Eso es todo, esta escena es solo eso, esa visita, la imagen de esa visita: ahí están, con uniforme impecable, con caballo, sable y montura, en medio de la *toldería*, dejándose mirar. Don Rafael Pallá, que era en ese entonces apenas un niño, casi llora cuando recuerda la admiración, el orgullo, la exaltación que sentían al mirarlos: “esos sí que eran hombres, hombres lindos, hombres enteros”.³² Declara que las mujeres no podían más ante tanta hermosura. Sánchez Labrador, a fines del siglo XVIII, describe en términos análogos la visita de un capitán guaycurú a una aldea *guaná* del Alto Paraguay: el capitán se queda en medio de la plaza, erguido e inmóvil, con sutilísimo uniforme de volutas y finas tintas impresas sobre el cuerpo, *dejándose admirar* (Sánchez Labrador, 1790, vol. I).

La tercera escena es surrealista.³³ Es la descripción varias veces contada de una acción de guerra en la que Pinturas, Naujes y Espinoza logran la captura de un tanque boliviano. En una de las ver-

³¹ Véanse “Tito Perez” y “Chiquilín Vera”, en Barbosa *et al.* (2009).

³² “Rafael Pallá”, en Barbosa *et al.* (2009).

³³ En adelante: “Regina Balbuena”, “Serafín Escobar” y “Tito Perez”, en Barbosa *et al.* (2009).

siones, excavan durante días una trinchera profunda en la que el tanque termina por entraparse. En otra, cuando los paraguayos ya se batían en retirada, Pinturas y su grupo logran acercarse mañosamente a la máquina y descabezar a su conductor. Para todos, sin embargo, esta es la principal hazaña *militar* de Pinturas durante la guerra. Supongamos que el asunto es cierto. Supongamos que por sobre los intrincados atajos, meollos y distorsiones de la memoria es inverosímil que gente distinta en diferentes comunidades haya podido confabular un incidente tan inequívocamente preciso como la toma de un tanque. Lo que pasa es que, de ser cierto, esta historia toma un giro vertiginoso. Pues según las fuentes militares, durante la guerra, el ejército paraguayo solo destruyó un tanque en Nanawa y capturó dos otros en Campo Vía (Antezana Ergueta, 2010). De los dos tanques capturados, uno fue exhibido durante largas décadas como trofeo militar en una plaza de Asunción, hasta su devolución a Bolivia en 1994. El otro, en cambio, fue vendido tras la guerra al ejército republicano español, junto a otra buena cantidad de armamento. La historia de ese tanque —un Vickers Mk.E— se desdobra entonces en una geometría pavorosa y delirante: habría sido comprado en Inglaterra, llevado hasta La Paz y empujado hasta al centro del Chaco boreal en donde es capturado por unos chamacocos; recuperado por el ejército paraguayo, es vendido por Franco (coronel Rafael Franco, presidente de Paraguay) a los republicanos españoles para combatir contra el otro Franco, que avanzaba con tropa marroquí. Extraña simetría por la que chamacocos y marroquíes vienen súbitamente a reflejarse en el espejo delirante del tanque y de sus dos Francos.³⁴

³⁴ L. Antezana Ergueta (2010), “algunas de las armas bolivianas capturadas por el ejército paraguayo (especialmente las ametralladoras ligeras o fusiles ametralladores Vickers-Berthier) junto con un lote de fusiles Mauser Oviedo Mod. 1927 (los famosos ‘mataparaguayos’) fueron vendidas por el gobierno del coronel Rafael Franco al bando republicano durante la Guerra Civil Española, entre ellos se incluyó también el tanque Vickers Mk.E Type B (VAE446), dotado con una ametralladora de 7,65 mm y un cañón semiautomático de 47 mm. Esto se hizo bajo mediación del traficante de armas suizo Thorvald Elrich, y si bien está confirmado su arribo a España (según la lista Howson, el tanque arribó el 30 de septiembre de 1937 a bordo del Ploubazla), no se han encontrado informes sobre su empleo en combate”.

³⁵ Retomamos en adelante “Historia de Tarija”, en Barbosa y Richard (2010).

³⁶ “Ciriaco Ceballos”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

³⁷ “Francisco Saravia”, “Lequan”, “Francisca Aquino”, “Carlos Gutiérrez” en P. Barbosa *et al.* (2009).

Teniente Tarija

La guerra entera, según dicen sus biógrafos, sería el reflejo desproporcionado, el eco inmenso, la hipérbola definitiva de “la venganza de Tarija”.³⁵ Dicho así, el “incidente Rojas Silva” asume otra genealogía, resulta de otras razones, resuelve otra trama que la de una guerra entre naciones. Hay distintas versiones sobre este asunto. En la primera, Tarija nunca habría olvidado la muerte de su padre y hermanos: el tipo habría madurado durante años ese dolor hasta estar en condiciones de vengarlo.³⁶ Según otra, que es más unánime y de algún modo más verosímil,³⁷ el dolor le vino a Tarija más tarde, cuando el ejército se ensañó con los campamentos indios. En los primeros tiempos, cuando capturan a Tarija, el contingente militar era limitado y la vida en el fortín era sostenible e incluso provechosa. Tarija era un cautivo —*lhancumed*— y vivía su vida de

boliviano como tanto otro pilagá vivió su vida de nivacle.³⁸ Las relaciones con el espacio indígena circundante no eran necesariamente violentas y con el tiempo –recuérdese que Esteros es fundado en 1912– fue acercándose gente y hubo incluso varios que se iniciaron en la milicia. En esa tesitura Tarija jugaba un rol clave, ya no solamente de traductor o lenguaraz, sino de símbolo y garantía, ejemplo orgánico de un destino militar posible. Mas cuando se vino acercando la guerra el contingente militar se fue hinchando y un ejército muchísimo más macizo avanzó sobre el territorio nivacle, atropellando gente y ocupando las aldeas, armando fortines y abriendo rutas. Lo de Tarija se volvió entonces insostenible: debía él mismo acompañar a las patrullas que masacraban por diversión o lascivia a su gente. Algunos dicen que repetidas veces los nivacle le pidieron que hiciera algo; dicen también que lo insultaron y lo amenazaron.³⁹ Otros cuentan que Tarija presencié impotente cómo dos soldados ebrios dispararon a mansalva contra dos ancianos que estaban pescando.⁴⁰ Otro, por último, que su rango le permitió escuchar los planes de los nuevos jefes del fortín, “iban a agarrar todo el territorio nivacle”.⁴¹ Todos concuerdan en que en ese tiempo a Tarija “se le metió adentro un dolor muy grande”⁴² y “andaba solo por las noches llorando”.⁴³ Entonces, dicen, por un resorte íntimo e ineluctable, el sargento decidió su venganza.

Su venganza, lo sabemos, es la guerra entera. Tarija había sido destinado al fortín boliviano de Oftsejheyish (Muñoz), ochenta kilómetros al este de Esteros. Tenía bajo su mando a algo de diez soldados bolivianos y enfiló con ellos hacia la costa del bañado, en dirección del fortín Sorpresa, y no detuvo su avance sino hasta dar con un grupo de soldados paraguayos que acampaban desprevenidos cerca del río. El resto es historia conocida. La muerte de Rojas Silva debía desatar la furia paraguaya sobre los fortines bolivianos, y viceversa, de modo que dejaran de cebarse con los nivacle y se ocuparan entre ellos. Y la estratagema tuvo resultado, según se mire, pues no son pocos los analistas e historiadores que ven en el incidente Rojas Silva el punto de inflexión tras el cual la guerra se volvió inevitable.

Sin embargo, la solución al embrollo Tarija vino más tarde y no fue ni chulupi ni boliviana. Tras la debacle del frente pilcomayense, una masa ingente de soldados en fuga se disemina por el monte, buscando asilo en las mismas tolderías que hasta hace poco molestaban, o dando pasos de ciego por entre las espinas, a ver si encontraban modo de vadear el Pilcomayo y salir hacia Argentina. Hay varios relatos que no tratan directamente de la historia de Tarija pero que describen cómo se ensañó esa gente con los desertores y soldados en retirada. Porque una cosa era cuando venían de a

³⁸ Los cautivos eran un resorte sociológico corriente en el Pilcomayo. A diferencia del Alto Paraguay, la guerra pilcomayense tiene un funcionamiento circular y no asimétrico. Era así común que cautivos pilagá vivieran en los campamentos nivacle y viceversa. Véase A. Sterpin (1993).

³⁹ “Leguan”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁴⁰ “Francisca Aquino”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁴¹ “Francisco Saravia”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁴² “Leguan”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁴³ “Ciriaco Ceballos”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

cientos bien armados y apertrechados, y otra muy distinta ahora que andaban de a cinco, perdidos, desesperados y hambreados: “ey amigo! gritaron tres que venían llegando, ¿podemos quedarnos aquí un poco para comer algo? Pasen nomás! respondieron los nivacle, y les pusieron pescado. Ahí mismo mientras comían los garrotearon y les sacaron sus cabelleras”.⁴⁴ O entonces, “llegaron buscando canoa para cruzar el pantano y los separaron en grupitos para que entraran en las canoas. En la mitad del bañado los fueron garroteando”.⁴⁵ Pero en esa constelación feroz de revanchas minúsculas Tarija no encontraba su lugar. El sargento chulupí no podía volverse a las aldeas porque había muchos ahí que se la tenían jurada. Y no acababa tampoco de desolidarizarse con los que habían sido sus compañeros de armas, ni dejarlos morir en el monte, ni entregarlos al enojo de los nivacle. Tarija habló primero con los otros muchachos nivacle que tras sus huellas se habían integrado en la milicia y los intimó a que desertaran de esta guerra desproporcionada y ajena. Luego se fue recogiendo gente, desertores y soldados perdidos, a ver si entre todos encontraban salida hacia Argentina, a ver, también, si no había una solución más general a su contradicción tan íntima. Según la prensa boliviana y paraguaya, informada por sus corresponsales argentinos, la montonera de Tarija llegó a contar con tres mil hombres desanclados y desesperados pero bien armados con lo que habían ido recogiendo tras la desbandada boliviana.⁴⁶ Acosada por ambos ejércitos y jugando en el intersticio, la montonera de Tarija cruzó finalmente hacia Argentina. La alharaca de los criollos fue vana porque esa gente no venía a pelear ni a robar, sino arrancando, de modo que se quedaron quietos a esperar y sin resistencia pero con garantías se entregaron a los gendarmes. La montonera fue disuelta, la gente desarmada y Tarija liberado.

Cacique Chicharrón

La consagración de Chicharrón, su “historia”, tiene que ver con la exploración definitiva que abrió Pitiantuta al ejército paraguayo. La “historia de Chicharrón”, tal y como se la narra hoy en día, y el asunto puede durar varias noches, es la historia de esa exploración y de la amistad que fue trabándose entre el joven tomaraha y los oficiales rusos que la dirigían. Chicharrón, ya se sabe, había nacido en Pitiantuta y se había ido acercando hasta la línea del tren de Sastre, cien kilómetros al sureste, que es donde lo encuentra el capataz Casabianca antes de encomendarle la expedición de militares rusos-paraguayos. Esa exploración remonta entonces paso a

⁴⁴ “Inés Palacios”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁴⁵ “Leguan”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁴⁶ *La Tribuna* (1933a), “Pasan más desertores bolivianos a territorio argentino”; *La Tribuna* (1933b), “Llegan a 3.000 los desertores indígenas bolivianos que pasaron armados a territorio argentino”; *El Diario* (1933), “Dos mil chulupis armados cruzan el río Pilcomayo”.

paso la biografía de Chicharrón, pero en sentido inverso, como una involución o un retorno por el que el muchacho va mostrando a los exploradores los lugares de los que alguna vez le tocó partir y a los que no podía ya volver. Cuando meses más tarde la patrulla alcanza Bahía Negra, cerrando exitosamente un periplo difícilísimo y decisivo (Sastre-Pitiantuta-Bahía Negra), los oficiales exigen que se dé a Chicharrón trato y recibimiento militar. Esta escena brilla al centro de la “historia de Chicharrón” y señala algo así como el comienzo de su felicidad, una etapa plena y en algún punto gloriosa. Chicharrón, que ha recibido uniforme militar, que ha recibido nombre cristiano y que se ha sentado a comer a la mesa de los oficiales, desciende solemnemente el río Paraguay sobre el puente del transporte militar Humaitá, codeado de oficiales, hasta llegar a la improbable y conjetural Asunción, en donde se entrevista y es reconocido por el Ministro de Guerra.⁴⁷ Hasta entonces era difícil para un tomaraha acercarse a las orillas del río, que eran monopolio de chamacocos. Descender ese río hasta Asunción vestido de uniforme y navegando una a una frente a las tolderías chamacoco del Alto Paraguay era un asunto portentoso, una minúscula pero decisiva revolución.

El resto casi no importa. Cuando se inician los combates en Pitiantuta, Chicharrón recluta tomarahas para acompañar y guiar las patrullas paraguayas. Y esa gente que se le fue juntando peleó decididamente. Es difícil saber cuántas guerras se pelearon al mismo tiempo en Pitiantuta. Está, ya se sabe, la que pelearon los bolivianos y los paraguayos: Bolivia ocupa el fortín paraguayo C. A. López y Paraguay responde desalojando a los bolivianos (el primer intento es fallido, el segundo definitivo), desencadenando la guerra.⁴⁸ Pero hay otras tantas guerras que corren por debajo. Chicharrón llevaba un grupo grande. No iban de uniforme, o en todo caso, iban con otro y muchísimo más bello uniforme de plumas y furiosas pinturas rojas y negras sobre el cuerpo. E iban también más atrás o más al lado unos viejos mitad soñando y mitad cantando provocando y movilizándolo todo lo de portentoso y de antiguo que flotaba en la zona. Y atrás, mucho más atrás, cantaban y se sacudían y se enfiebraban las mujeres mandando fuerzas y empujando la muerte más lejos, delante de sus guerreros, para que no los tocara y les allanara el camino. Esa gente que se le juntó a Chicharrón iba a recuperar una Pitiantuta mucho más vieja, una “Pitien Touta” más anclada y más profunda.⁴⁹ Hay una secuencia que quizás muestra bien esta confusión o esta bivalencia del acontecimiento. Cuando cae el fortín boliviano y el personal sobreviviente se desbanda por el monte, los de Chicharrón atajan a un soldado al que tienen apresado y amarrado, aterrado. Llevan buen rato insultándolo, pegándole,

⁴⁷ Es ahí que lo encuentra Von Eckstein (1986, p. 13), cuando una vez reconocida la laguna, se prepara la segunda expedición hacia Pitiantuta.

⁴⁸ Sobre la toma y contratoma de Pitiantuta véase O. Moscoso (1939) y E. Scarone (1963).

⁴⁹ *Pitien*, oso hormiguero; *Touta*, loco, mareado. La etimología *ishir* del término es indiscutida, lo que no deja de plantear problemas para los que demandan sea reconocida “territorio ancestral” ayoreo. A decir verdad, la laguna marcaba más o menos el límite noroccidental del país tomaraha y se encontraba entonces bajo presión por un reciente avance de grupos ayoreo desde el norte, simultáneo al del ejército boliviano. Fisherman (2001) sitúa ese avance a mediados de la década de 1920. Véase un análisis de la evolución de la territorialidad ayoreo durante la guerra en V. Von Bremen (2007).

humillándolo, hasta que el más viejo del grupo –pero el grupo, hay que recordarlo, no hablaba en cristiano– se acerca a parlamentarle. Dicen que ese brujo anciano se llamaba Orpa. Es un discurso solemne y furioso que sirve de justificación o preámbulo a la ejecución del prisionero. El tomaraha intima al boliviano a explicar por qué han venido a ocupar Pitiantuta y con qué derechos les han violado la laguna. Le explica que ahora va a ser ejecutado y que morirá, pero que podrá volver entre los suyos como un pájaro de mal agüero para avisarles que no lo intenten de nuevo (Palacios Vera, en Richard, 2008a). A ciencia cierta, ese hombre no entendió nada, ni una sola palabra de lo que se le dijo. Una angustia feroz se le debe haber metido adentro y probablemente fijó su última mirada en ese personaje incoherente, Chicharrón, el único con botas y uniforme militar en medio de tanto viejo feo y furioso, a ver si el uniforme los hermanaba, a ver si al menos, de algún modo extraño, nomás fuera por un asunto de *comprensión*, ese uniforme lo tranquilizaba. Murió observando ese cuadro surrealista, perplejo, sin saber a ciencia cierta en cuál guerra moría.

Cuando Chicharrón tiró los restos del boliviano ante los oficiales paraguayos, estos le exigieron que despachara su grupo hacia las costas del río. Le explicaron que esta no era guerra de indios sino de nacionales. Que era guerra de morteros, de metrallos y camiones y que si bien habían agarrado a un boliviano, en adelante la cosa se pondría fea, y peligrosa, y no tan fácil. Que se volvieran pues a la costa del río, y que ayudaran con los bueyes y las cargas y los barcos, porque de la guerra propiamente tal se ocuparían ellos. Ahí acabaron las peleas de los tomaraha. Lo de Chicharrón se confunde luego en una masa más grande y anónima de doscientos mil soldados paraguayos. Dicen que acompañó al ejército hasta Villamontes, del otro lado del Chaco; dicen que en el camino encontró mascos y enlhet y chamacocos confundidos como él bajo el uniforme paraguayo; dicen que años más tarde el Cacique Chicharrón contaba haber conocido el Chaco entero, de este a oeste, y que era grande, mucho más grande de lo que podían imaginarse.

*

El primer punto a notar es la posición ambigua de estos personajes. Lo es primeramente en términos formales. Pues si bien tienen uniforme y están regularmente acoplados al despliegue militar, no tienen sin embargo un estatuto oficial. Pinturas es “capitán honorario” y Chicharrón no tuvo nunca rango permanente en el ejército. Volveremos sobre ello más adelante, pero en términos generales, tras la guerra, los indígenas no accedieron nunca al estatuto de

excombatientes ni pudieron cobrar las pensiones y los beneficios correspondientes. No pudieron siquiera arroparse en el prestigio de esa historia, porque la Historia vino después y los borró de escena, expulsándolos y confundiéndolos con el paisaje inerte del Chaco. Para los militares, como más tarde para los historiadores, esta fue una guerra entre nacionales y no hubo en todo el Chaco alguien que no fuera boliviano o paraguayo.⁵⁰ No existieron pues para la máquina militar sino como variables de ajuste, suplentes locales, siempre a merced del ánimo con que tal o cual oficial quisiera tratarlos.

La implicación de estos personajes en la guerra es de orden individual. No hay, pues, “milicias nivacle” ni “caballería chamacoco”, tanto y como no hay “caciques”. Todo ello fue un artefacto retórico en la antesala colonial (1915-1930) del conflicto, cuando exploradores y misioneros rusos, alemanes, paraguayos, checos, italianos o bolivianos van informando a sus negociadores diplomáticos sobre la repartición de un territorio ajeno. El trámite de la guerra fue nacional. Lo propio de esta guerra es producir individuos paraguayos y bolivianos —es por ello que no es *tipológicamente* una guerra colonial. No obstante, los tres mediadores indígenas juegan al margen y funcionan sobre una zona mixta y confusa, apoyándose en amigos y parentela que no forma parte del estamento militar, bivalentes, circulando, articulando, traduciendo el Chaco indígena en el Chaco militar. Pinturas buscando desertores por entre las tolдерías del Alto Paraguay, Chicharrón y sus diez guerreros emplumados batallando en Pitiantuta, Tarija que esconde su rencor nivacle bajo el uniforme boliviano, son todas escenas mixtas, ambiguas, polivalentes, que organizan el margen impreciso y liminal de esta guerra. Formalmente, entonces, su participación en la guerra es de orden individual, pero concretamente funcionan arrastrando redes y parentelas. Aún así, no se trata de cuerpos políticos ya constituidos, sino de grupos que van nucleándose en torno a estos personajes en la medida en que se intensifica su presencia entre los militares. Constituyen pues un estrato emergente, una morfología emergente de la legitimidad y el poder político en el Chaco indígena.

Un último punto, quizás el más importante, que es esta suerte de plenitud o de realización, este lugar en el que las tres biografías parecen satisfacerse. Tarija, su venganza y su montonera sobre el Pilcomayo; Chicharrón y su recibimiento en Asunción; Pinturas que se deja admirar en las tolдерías del Alto Paraguay. El niño secuestrado que se libera, entonces, el cautivo que se vuelve Capitán o el indio hachero que observa el río desde el puente de un transporte militar. Algo que no andaba bien y que de pronto calza, un desajuste o una disconformidad —la del secuestrado, la del hache-

⁵⁰ La aproximación boliviana y paraguaya al problema son diferentes. Un análisis comparativo en G. Borrás *et al.* (2010).

ro, la del cautivo— que de pronto se resuelve o parece resolverse. Algo que toma allá la forma de una venganza, aquí la de un retorno o más allá la de una emancipación. Un exilio que vuelve a su lugar, una violencia que de pronto se revierte, la revancha de una humillación. Un sistema de personajes inorgánicos que de pronto parecen encontrar un lugar. Las “historias” de Tarija, Chicharrón o Pinturas tienen siempre su centro en este lugar. En la añoranza, la glosa o la nostalgia de este lugar. La guerra, pero cómo se dice esto, es un momento: feliz.

Tercer momento, la desgracia del mediador salvaje

Un argumento simple, redondo, normal sería este: la guerra produce, empodera y consagra un nuevo estrato de autoridades y legitimidades indígenas en el Chaco. Tras la ocupación, el Chaco se habría reorganizado en torno a las figuras de autoridad que la misma guerra engendró. Los “caciques”, que no eran caciques, habrían terminado siéndolo, y los misioneros, militares y colonos habrían hecho de los Pinturas, de los Chicharrones y de los Tarijas la clave de su nuevo imperio chaqueño, el eslabón de su gobierno colonial. *Así pudo haber sido*, pues sociológicamente solo este estrato de Chicharrones y Pinturas estaba en condiciones de sintetizar, mediar, agenciar y normalizar el vínculo con la nueva realidad colonial. Una vez dislocados los territorios y desorganizada la gente, es en torno a ellos que debían de haberse reagrupado en las misiones, tolderías y reservas que les deparaba la nueva situación. Así pudo haber sido: hemos trabajado nosotros mismos sobre este argumento, y lo hemos alimentado, junto a otros (Richard, 2008b, 2010). Pero se nos ha escapado algo, una falla o una imposibilidad, una irresolución que es esta a la que quisiéramos llamar: la tragedia del mediador salvaje.

Capitán Pinturas

Todo conducía a que, tras la guerra, Pinturas —o Naujes, o Espinoza, etc.— lideraran la gran reorganización de los grupos chamacoco en el Alto Paraguay. Las tierras del interior habían sido definitivamente abandonadas y los distintos grupos se reacomodaban sobre la costa del río, a la vera de los puertos madereros y militares. En reconocimiento a su colaboración durante la guerra, según dicen algunos, o para asentar definitivamente una mano de obra barata, según otros, los militares habían cedido, por ejemplo, los títulos de Puerto Diana, que será en adelante uno de los principales núcleos

de población chamacoco en el Alto Paraguay. Es en Puerto Diana, justamente, que se establecieron Pinturas y los suyos.

Los distintos biógrafos chamacoco vuelven cada uno a su modo sobre este asunto que es tan simple y tan difícil de comprender a la vez. Es un instante ínfimo pero decisivo; uno de esos instantes. Terminada la guerra, Pinturas recibe su ya mencionado diploma de “Capitán honorario del ejército paraguayo”. Tiene su uniforme y los favores de la oficialidad paraguaya. Toca pues que Pinturas, como tantos otros, descienda el largo río hasta Asunción y se presente, en su calidad legítima de excombatiente, ante las autoridades de la Capital para cobrar regalías y asegurarse una pensión. No es cualquier cosa ser excombatiente en Paraguay; es una institución medular, una cuestión antigua, algo que va de abuelo en nieto y que más tarde, cuando la dictadura de Stroessner, adquirirá un aura particularmente señalada. En fin, ahí está Pinturas, con uniforme impecable, rodeado de militares, embarcándose en Bahía Negra rumbo a la distante Asunción. Perplejo, quisiéramos creer, perplejo y orgulloso, mirando hacia atrás: el asesinato de su padre y su cautiverio chamacoco, el general Juan Belaieff, la “caballería chamacoco” y el “cuerpo de guarda fronteras chamacoco”, Bahía Negra, el uniforme, la guerra, la tropa, la captura del tanque, etc. Pinturas se embarca en Bahía Negra junto al resto de la tropa; Pinturas sube a ese barco con toda la expectación y la solemnidad que ese viaje amerita. El transporte desfila suavemente de meandro en meandro frente a cada una de las tolдерías y puestos ribereños; los ven pasar en Puerto Diana, en Puerto Esperanza, en Karcha Balut, en Leda, en Mihanovic, en Olimpo y en Guaraní...

Hasta que de pronto, secretamente, algo se quiebra en el Capitán Pinturas. Quizás fue alguna broma estúpida que le gastó la tropa; quizás, más silenciosamente, una sensación profunda, al ver pasar los puertos, saber que mientras los otros volvían, él iba, y que en Asunción, no como los otros, él no se reencontraría con nada; quizás no fue ni lo uno ni lo otro, sino algo mucho más confuso o trivial, una bifurcación, un sabotaje íntimo, un susto, un umbral secreto que no se estaba dispuesto a cruzar. El hecho es que en Puerto Casado, a mitad de camino, según recuerdan unánimes relatores y parientes, Pinturas descendió del barco y se metió en una borrachera de puta madre, de aquellas que duran varios días, de esas en las que se trapea consigo mismo hasta que no quede orgullo, ni espina, ni recuerdo en pie, y no salió de esa canalla sino hasta saber positivamente que no tendría más como ir a Asunción.

Meses más tarde, definitivamente alcoholizado, miserable y desecho, el hombre volvió a Bahía Negra para instalarse en la tolдерía

de Puerto Diana. Pinturas ya no era nada. Volvió a ser “chuebit”, un cautivo tomaraha, un hombre sin parientes, ni familia, ni pedigrí, un “sucio”, un “pintado”, un marginal. Visita de tanto en tanto el cuartel de Bahía Negra, en donde le dan rancho y caña. Para los aniversarios del armisticio, vuelve a ponerse el uniforme y desfila, borracho y solo, con su diploma en la mano, sosteniendo con lo que le queda de dignidad la mirada divertida y condescendiente de los militares y del público de Bahía Negra. La gran antropóloga B. Susnik, que empieza su trabajo de campo en Puerto Diana hacia 1945, le describe como un pésimo informante. Anota que Pinturas no sabe o no quiere contar relatos míticos chamacoco: “desconoce la tradición”, dice Susnik (1969). Quizás la desconoce en efecto, o la ha olvidado, pero quizás también y sobre todo le es simplemente insoportable, la etnología entera le es insoportable, eso de que vuelvan a tratarlo de indio, retroceder el uniforme y el diploma y la guerra, y que a nadie le interese un comino que se haya tomado un tanque porque lo que importa es lo del baile, lo del rito y lo del mito. ¡Por supuesto que Pinturas desconoce la tradición! La desconoce desde el principio, esa tradición que lo hizo cautivo y lo trató de espurio, su vida entera es una irreverencia para “la tradición”: ¿cómo diablos quiere Susnik que Pinturas cuente, *tradicionalmente*, que casi dirige una caballería chamacoco bajo las órdenes de un ruso blanco y que se tomó un futuro tanque republicano en medio del Chaco? Cordeu (1981) cruza a Pinturas en los setenta, todavía en Puerto Diana, y describe un personaje críptico, marginal, borracho e incomprensible. Pinturas se ha ido hacia dentro. Funge de chamán. Es decir que ha conquistado su soledad, su canto propio, su pintura propia, su idioma propio y que de esa introversión furiosa ha emanado una fuerza, una gravedad, un aura. En ese trámite estaba, en todo caso, cuando lo agarró la muerte en 1972. Algo en Pinturas se rompió cuando bajó de ese barco en Puerto Casado, algo que no se compuso nunca más, algo que los museos y la antropología le enterraron aún más profundamente, algo, en todo caso, que requería del soliloquio chamánico, autista y alcohólico para poder decirse en un idioma que no era ni chamacoco ni paraguayo.

Sargento Tarija

Acabada la guerra y disuelta la montonera: ¿a dónde podía volver el sargento Tarija?

Sobre el Pilcomayo, la retirada boliviana dejó en pésimo pie a quienes habían sido, por un tiempo, sus aliados locales. El ejército

paraguayo se ensañó decididamente sobre aquellos a los que consideró “indios bolivianos”. *Palavaai Nuú*, “paraguayos perros”, dicen todavía los viejos de la zona, recordando la violencia desatada con la que entraron en sus campamentos (Chase-Sardi, 2003). Los oblatos de María Inmaculada, que habían llegado por iniciativa boliviana, renegociaron rápidamente con el Paraguay la permanencia de sus misiones.⁵¹ Y repartieron pañuelos blancos a los indios reducidos, para que no se los confundiera con los recalcitrantes, a los que se podía violar y matar impunemente.⁵² Con ese tipo de argumentos, a poco andar la mayoría de la población nivaclé pasó a concentrarse en las misiones oblatas, pues hubo suficiente gente como crear tres más.⁵³ Los antaño respetadísimos guerreros nivaclé se fueron sometiendo uno a uno. Ellos que gobernaban el arte de escalpear a sus enemigos y enseñorearse con sus cabelleras, no tuvieron más remedio que dejarse cortar el pelo, infantilmente, por los curas alemanes.⁵⁴ Otra gente se confundió en los campamentos Lengua o Maká, que eran “indios paraguayos”, y vivió en esa impotencia hasta la última vejez.⁵⁵ Otros muchos, por último, encontraron refugio en las colonias menonitas, en la austera esclavitud evangélica de los “barrios nivaclé” de Filadelfia o de Neuland.⁵⁶

De modo que en algún sentido lo de Tarija es más simple, pues no se supo más de él. Este asunto no es trivial. Todos en la zona recuerdan la historia del “Sargento Tarija”, recuerdan que el muchacho fue capturado, que creció en el fortín, que se hizo militar y que cuando llegó el momento desertó, junto a otros, no sin antes haber gatillado la guerra, “por venganza”. Algunos glosan con más detalle su vida en la milicia, su relación con los oficiales, su aprendizaje de las armas. Otros insisten más bien en el tormento interior de sus dos lealtades contradictorias, en las noches de llanto o en el modo silencioso y clandestino en el que fue tramando su venganza. La historia de Tarija no es pues un tema menor ni desconocido. Al contrario, “la historia de Tarija” es mucho más que la historia de Tarija. Es un relato político, una alegoría densa que permite explicar o justificar qué tipo de relación se construyó con Bolivia y cuál otra con Paraguay. Permite explicar, en la actual circunstancia paraguaya, los dobleces y los atajos de una antigua alianza boliviana. Se trata entonces de un objeto denso de meditación histórica, sobre el que cada quien tiene más o menos algo que decir, porque se esconde en él una clave de lectura fundamental para la situación actual de esos grupos. De modo que no es baladí el hecho de que Tarija, simplemente, desaparezca. Como si esa indeterminación del personaje fuese funcional. Como si el corpus narrativo sobre Tarija requiriese indefinir su destino para permitir un trabajo activo y significativo de imaginación histórica.

⁵¹ Para un acercamiento a las fundaciones oblatas en el Pilcomayo véanse M. Fritz (1997), A. Siffredi (2009), M. Morel (tesis en curso de preparación).

⁵² “Como si fuéramos ovejas a las que se marca”, dice Inés Avalos, en su relato sobre la llegada a la misión de Esteros. “Inés Avalos”, en Barbosa *et al.* (2008).

⁵³ Para las misiones de San Leonardo Escalante (1927), Santa Teresita (1940) e Inmaculada de Concepción (1941), véase <http://www.omi.org.py/expansion_misionera.php>.

⁵⁴ Véase la “Historia de Yacutché”, en Chase-Sardi (2003, vol. I).

⁵⁵ Hoy en día hay numerosas familias nivaclé en la comunidad macá de Roque Alonso, Asunción, como también en las comunidades enlhet (lengua) tuteladas por los menonitas.

⁵⁶ En Filadelfia, “barrio nivaclé” o comunidad indígena Uje Lhavos; en Neuland, “barrio nivaclé” o comunidad indígena “Cayin ó Clim”.

Para entender este asunto es importante comprender también la persistencia con la que Paraguay ha reprimido la “bolivianidad” potencial de los grupos nivaclé del Pilcomayo medio. Desde la cuestión muy trivial de ensalzar a los que mascan tabaco y avergonzar a los que mascan coca, hasta el asunto más grosero de los desfiles patrióticos y de los himnos nacionales con los que debían recibir las visitas periódicas del dictador Stroessner (Laguna Escalante era su lugar “predilecto” de caza y pesca), o entonces, más profundamente, en el modo en el que las mujeres tuvieron que renegar y “blanquear” a los muchos hijos de soldados bolivianos que quedaron en la zona tanto y como los hombres tuvieron que acallar y reprimir la memoria de su connivencia boliviana, el hecho es que esa “paraguayeneidad” se ha ido marcando con fierro caliente. Es probable que nadie de los que vive actualmente en Fischaaat o en Esteros haya visto nunca un boliviano. “Bolivia” es una cuestión conjetural, un significante, algo lejano y fantasmagórico, un horizonte. Tarija es ese fantasma y el fantasma de Tarija viene siempre de Bolivia. Alguien dice que hace años vino un hijo de Tarija, dicen que era un boliviano rico y que andaba en una enorme camioneta, que estuvo preguntando por él y que nunca más volvió.⁵⁷ Otros dicen que tras la guerra Tarija se casó con una boliviana, se instaló en La Paz, y fue “presidente” de los bolivianos.⁵⁸ Otros, que llegó a General.⁵⁹ Ciriaco apunta que en Bolivia Tarija se hizo famoso, tan famoso que parece le han hecho una ciudad.⁶⁰ Es decir que en Tarija se juega el fantasma de un destino que pudo ser, el de una bolivianeidad trunca que funciona como alternativa imaginaria a lo que es, a este otro destino paraguayo necesariamente incómodo porque real.

¿Qué fue entonces de Tarija? Costó tiempo encontrar, en Uje Lhavos, a una anciana que afirma ser su pariente y que propone otra solución para la ecuación Tarija.⁶¹ Saravia confirma esta hipótesis, que nos parece ser la más verosímil.⁶² Como es sabido, la guerra precipitó una cantidad ingente de mano de obra indígena hacia los ingenios azucareros de Salta y Jujuy. Una parte correspondió a población flotante que fue acercándose a los ingenios y que terminó apostándose en las tolderías de la zona, de Tartagal a San Pedro Jujuy; otra porción relevante era contratada regularmente en las distintas misiones religiosas en que la población indígena había sido reagrupada —es el caso de las misiones oblatas de Fischaaat y Esteros de donde salían anualmente caravanas de nivaclé para participar de la zafra (Capdevila y Richard, 2010). La escena ocurre entonces en uno de esos viajes, tiempo después de terminada la guerra. Un grupo de nivaclé descansaba sobre la vereda de una calle en Tartagal cuando vieron pasar ante ellos una comitiva bien cerrada

⁵⁷ “Francisco Calderon”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

⁵⁸ “Leguan”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁵⁹ “Francisco González”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

⁶⁰ “Ciriaco Ceballos”, en P. Barbosa *et al.* (2008).

⁶¹ “Lidia García”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

⁶² “Francisco Saravia”, en P. Barbosa *et al.* (2009).

en la que iban los ingenieros y unos militares. Al mando de estos últimos los nivaclé creyeron reconocer a Tarija. La confirmación les vino más tarde, cuando el grupo fue apresado y conducido hasta un lugar distante. Entonces entró Tarija, que había orquestado la operación, y hablándoles en nivaclé les preguntó que qué hacían ahí y les explicó cómo debían de conducirse en adelante cuando traficaran las calles de la ciudad. La complicidad entre el antiguo sargento y los nivaclé debía mantenerse secreta, mediante lo cual estos últimos podrían en adelante llegar tranquilamente a Tartagal porque Tarija, sin decirlo, los estaría cuidando⁶³. Tarija, entonces, seguía siendo Tarija –solo cambiaba el fortín por los ingenios– y como antes en el fortín podían ahora confiar los nivaclé en que había uno de los suyos del otro lado, cuidándolos *secretamente*. De ser cierta esta última versión, que por distintas razones nos parece la más plausible, Tarija, que había conducido la fuga colectiva de soldados y desertores hacia Argentina, terminó enganchándose como militar o gendarme en los ingenios azucareros de Salta. Si es así, por un mismo y límpido gesto Tarija habría encontrado una vía mediana a sus dos destinos contradictorios: en aquella zona, de algún modo, Argentina es lo que queda entre Bolivia y Paraguay.

Cacique Chicharrón

El *dyguichibyt* es como una sombra o un fantasma al que se provoca, se espanta o se atrae. Merodea, se esconde, se mueve, va de sombra en sombra. Durante el día se confunde en los árboles o espera en cualquiera otra sombrita a que atardezca. Y en la noche, cuando todo es sombra, entonces sale y se mete en los cuerpos. Tras la guerra, dicen los viejos, el *dyguichibyt* estaba en todos lados, se fue persiguiendo a la gente, se metió en cada rincón del Chaco y no había chamán (*konsaha*) suficientemente poderoso para atajarlo. Aparicia tenía entonces quizás diez años. Todo el mundo se había desbandado, estaban perdidos, iban ella, sus hermanas y su tía de campamento en campamento intentando encontrar al resto. Y no encontraban más que huesos esparcidos y tolderías abandonadas, porque el *dyguichibyt* ya había pasado por ahí.⁶⁴ Según Palacios, que saca la historia de su padre, el *dyguichibyt* entraba con tal fuerza, que la gente se moría de pie, sin alcanzar a recostarse, y era tanta la mortandad que no había tiempo para enterrarlos, y entonces los perros se ensañaban sobre los cadáveres, y el *dyguichibyt* se le metía dentro a los perros que a poco andar también morían (Palacios Vera, en Richard, 2008a). Dicen que hasta los árboles se iban secando y muriendo. Y a los que alcanzaban a arrancar los

⁶³ "Lidia García" y "Francisco Saravia", en Barbosa P. *et al.* (2009).

⁶⁴ Aparicia Tani, "Pullipata", en Richard (2008a, vol II).

perseguía por el monte, pero como se les metía adentro en la aldea siguiente se salía otra vez y los mataba a todos. A ese *dychichibyt*, dice Palacios, los paraguayos le llamaban: “viruela”. Otros decían más simplemente, “fiebre” (Palacios Vera, en Richard, 2008a). De modo que todas las tierras del interior, hasta Pitiantuta, fueron quedando desiertas y los que habían sobrevivido se fueron juntando en Pullipata, todavía en la selva, pero solo a algunos kilómetros de la línea del tren de Casado. Y en esa junta grande de gente se armaron dos partidos, los que estaban con Conito, que según dicen hoy en día era hijo del diablo, y los que estaban con Chicharrón, que volvía de la guerra.

En su aspecto más esencial, el diferendo que oponía a los dos hombres era simple. Chicharrón, que tenía llegada con los militares y capataces de Puerto Casado, había recibido el ofrecimiento de instalarse con su grupo en las cercanías del Puerto, en donde tendrían trabajo asegurado como braseros y hacheros en las faenas, y en donde, sobre todo, sabían atajar con vacunas y medicamentos ese *dyguichibyt* que se les había metido dentro. Chicharrón había conseguido de los capataces de Puerto Casado que algunos médicos se internaran hasta Pullipata para salvar lo que podía todavía salvarse, y traer el grupo hasta el Puerto. Quizás por celos de Chicharrón, quizás efectivamente porque era hijo del diablo, o quizás, por último, porque calculaba bien las consecuencias del negocio que les ofrecían los patrones del Puerto, Conito tomó el partido contrario, y se opuso terminantemente a que se metieran los médicos en Pullipata y a que la gente migrara hacia el río industrial. Cuentan los viejos que durante esa junta o parlamento Conito y Chicharrón se trenzaron en largos discursos, acusaciones y recriminaciones mutuas. En síntesis, Chicharrón reprochaba a Conito su tozudez al no dejar entrar los médicos y lo responsabilizaba personalmente de la mortandad general de los tomaraha y de la mortandad más particular de sus hijos, de su mujer y de su hermana. Conito reprochaba a Chicharrón cuestiones igualmente graves, aunque anteriores. Por culpa suya, decía, le habían abierto el desierto a los paraguayos y esta guerra entera se había metido adentro, y ahora venía más encima con su uniforme de maricón y sus amigos del Puerto, a pedir que se abandonara definitivamente el territorio para arrinconarse en los barracones miserables de Puerto Casado. La cuestión no se zanjó, al menos no de modo unánime. Un grupo marchó con Chicharrón hacia el puerto y otros tantos se internaron con el hijo del diablo más adentro en la selva. Según las estimaciones disponibles, tras la guerra las epidemias mermaron en torno al 70% de la población tomaraha (Richard, 2008a, vol. I). Tiempo más tarde, en un confuso incidente cerca de Puerto Sastre,

el cuerpo de Conito fue lanzado al río, mitad vivo y mitad muerto, con la ayuda de los militares y un balazo de Chicharrón bien puesto en el medio.

La vejez del Cacique Chicharrón no podía entonces sino ser melancólica. Su grupo fue el único sobreviviente, de modo que el núcleo de la actual comunidad tomaraha de María Elena está íntegramente constituido por los compañeros del Cacique y sus descendientes. Tras la guerra, Chicharrón se instaló en una casa pequeña pero que era casa al fin, en las afueras del Puerto, cuidando la chacra de su amigo Casabianca, el mismo que lo había puesto a las órdenes del ejército quince o veinte años atrás. No cortó contacto con su grupo, pero tampoco se instaló con ellos. Con frecuencia recibía la visita de alguna familia tomaraha sobreviviente y los dejaba arrancharse un tiempo para hacer una changa o ayudar en la chacra. También mediaba con los patrones cuando el grupo de hacheros tomaraha entraba en conflicto, un día porque no les pagaban el jornal y otro porque se ausentaban de súbito, todos juntos, sin aviso y durante semanas, para enterrar a un viejo o bailar con los anabsoro y sus máscaras y gritos extraños (Palacios Vera, en Richard, 2008a).. Chicharrón mediaba pero ya no iba con ellos. Una tristeza demasiado profunda le mantenía retraído y ensimismado. Las epidemias se habían llevado a su mujer, parientes e hijos, de modo que, como dicen los viejos, no quedó más “semilla de Chicharrón”. Y si es cierto que Casabianca le había dado casa y trabajo, y que en el cuartel le recibían y le daban alguna ración, nadie nunca reconoció oficialmente sus servicios de modo que no tuvo ni pensión, ni trato, ni honores de excombatiente. El cacique murió antes que los de su generación, sin pasar los cincuenta años de edad. Según dicen sus biógrafos, Chicharrón tuvo el último privilegio de ser enterrado en el cementerio. Dicen que el hombre murió solo y dicen también de qué murió: de pena.

*

El exilio de Tarija, la melancolía de Chicharrón o la introversión alcohólica de Pinturas son tres posibilidades de una misma tragedia. En los tres casos, una suerte de no-lugar, un punto medio pero extraviado, en fuga, a la intemperie, que desplaza los términos de una contradicción sin por tanto resolverla. Tarija traspone geográficamente esa contradicción. Su exilio argentino es una línea de vida que se abre camino por entre sus dos identidades enemigas, a través de ellas, a pesar de ellas. Las desplaza hacia un lugar en donde cesan de ser contradictorias: en los ingenios se hablaban probablemente casi todas las lenguas indígenas del gran Chaco y

de los Andes – y buena parte de las de Europa – y los tarija se contaban por miles. Lo de Chicharrón es melancolía pura, que es otra forma de irresolverse una contradicción. Solo, en un rancho que le puso Casabianca, cuidando la chacra y llorando hasta extinguirse la muerte de su familia. Su último acto *vital* es el asesinato de Conito. ¿Por qué Chicharrón no se instaló con los otros tomaraha? ¿Por qué si se va a morir de pena, morir solo? La última noticia documentada es de Von Eckstein, que dice haberlo encontrado en una casita sobre la línea del tren de Casado. ¿Pero qué hace Chicharrón en esa casa, sentado infinitamente frente a la misma línea del tren por la que todo comenzó, perplejo como cuando niño por la misma locomotora? Ese tren es una línea de vida, un punto de fuga. Así sea que se lo contemple inmóvil. Pinturas, es como si no pudiera decir algo y multiplicara los efectos para colmar esa impotencia. El que de niño llevaba pintado en el cuerpo su cautiverio, termina siendo, simultáneamente, el que desfila anualmente con uniforme irrenunciable por la plaza de Bahía Negra y el que se pinta y se empluma complicadísimo para cantar y perderse entre cosas extrañas. Pero de hablar, nada. Ni de la tradición ni de la guerra, porque no caben en la misma frase. A menos que se los desplace hacia un idioma propio, que es también un punto de fuga, en el que otras sintaxis permitan decir esas dos cosas a la vez. El idioma de Pinturas, el exilio de Tarija y el lugar de Chicharrón son así correlativos. No hay nunca solución, sino postergación geográfica, melancólica o semiológica de una contradicción que no tiene punto de sutura.

A la luz del problema podrá discutirse si la guerra del Chaco funcionó como una guerra de colonización o como una guerra nacional o como ambas a la vez. En todos los casos, esa guerra tuvo algo ladino, una desproporción entre hecho y lenguaje, una forma retórica del nacionalismo. Se fueron recogiendo indios en las estancias, alrededor de los obrajes y en las misiones, para hacerlos paraguayos o bolivianos el tiempo de una guerra, y devolverlos después, sin documento ni pensión ni estatuto alguno que arriesgara la dominación concreta de los colonos, a las mismas estancias, obrajes y misiones.

Bibliografía

- Abente, C. S. (1989), *Los héroes anónimos de la Guerra del Chaco*, Asunción, El foro.
- Antezana Ergueta, L. (2010), *Los tanques en la guerra del Chaco*, La Paz, Producciones Cima Editores.

- Baldus, H. (1927), "Os indios chamacocos e sua lingua", *Revista do Museu Paulista*, XV, (2), pp. 5-68.
- (1931), "Notas complementares sobre os indios chamacocos", *Revista do Museu Paulista*, XVII (parte I) (separata), pp. 527-551.
- Barbosa, P. y N. Richard (2010), "La danza del cautivo. Figuras nivacle de la ocupación del Chaco", en Capdevila, L. et al., *Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la guerra del Chaco (1932-35)*, Cochabamba, Instituto de Misionología, pp. 140-175.
- Barbosa, P. et al. (2008), "Rapport de terrain. Pilcomayo", U. R. Programme Anr "Indiens dans la guerre du Chaco", Rennes, Centre de recherches historiques de l'Ouest, julio-septiembre.
- (2009), "Rapport de terrain. Alto Paraguay", U. R. Programme Anr "Indiens dans la guerre du Chaco", Rennes, Centre de recherches historiques de l'Ouest, enero-marzo.
- (2009), "Rapport de terrain. Pilcomayo", U. R. Programme Anr "Indiens dans la guerre du Chaco", Rennes, Centre de recherches historiques de l'Ouest, julio-septiembre.
- Barreto, S. (1969), *Por qué no pasaron: nubes sobre el Chaco, revelaciones diplomáticas y militares*, Asunción, Talleres gráficos de la Escuela Técnica Salesiana.
- Belaieff, J., General (1924), "Informe de la misión de reconocimiento de 1924 elevado al Ministerio de Guerra y Marina", Biblioteca Ossuna-Massi, Asunción, 13.
- (1925), "Informe de la misión de reconocimiento de 1925 elevado al Ministerio de Guerra y Marina", Biblioteca Ossuna-Massi, Asunción, 7.
- (1928a), "Informe de la misión de reconocimiento de 1928 elevado al Ministerio de Guerra y Marina", Archivo del Ministerio de Defensa Nacional, Asunción, 7.
- (1928b), "Viaje de reconocimiento a Bahía Negra por orden del Ministro de Defensa, Guerra y Marina Luis A. Riart. Recomendaciones para destacamentos de Guarda Fronteras reclutando las 'tribus indias' del Chaco Paraguayo... alistar indios al ejército, etc...", Archivo del Ministerio de Defensa Nacional, Asunción, vol. "Notas reservadas, informes sobre movimiento de tropas, y agentes extranjeros, telegramas", 435-478.
- Biedermann, W. y J. Zanardini (2001), *Los indígenas del Paraguay*, Asunción, CEADUC.
- Boggiani, G. (1894), "I Ciamacoco", *Atti della Societa Romana di Antropologia*, II (1), pp. 9-127.
- Boggiani, G. (1898), "Etnografía del Alto Paraguay", *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVIII (10-12), pp. 1-15.
- Borras, G. et al. (2010), "La guerre du Chaco (1932-1935), creuset national et miroir brisé des sociétés bolivienne et paraguayenne au XXe siècle", en M.-C. M. y J. D. (dirs.), *Guerres et identités dans les Amériques*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, pp. 31-41.
- Capdevila, L. y N. Richard (2010), "Un espace de voisinage intérieur: expériences sensibles de la frontière, Indiens et colonisateurs dans le Chaco boréal, années 1930 et 1930", *Matériaux pour l'his-*

- toire de notre temps/Espaces de voisinage*, BDIC Nanterre, N° 97 y 98, pp. 91-99.
- Capdevila, L. *et al.* (2010), “La guerre du Chaco, 1932-35. Une guerre chez les indiens”, en Frobert, L., *Guerres, conflits, violence. L'état de la recherche*, París, éditions Autrement y Agence Nationale de la Recherche, pp. 50-56.
- Casabianca, A.-F. (1999), *Una guerra desconocida: la campaña del Chaco Boreal, 1932-1935*, Asunción, Lector.
- Chase-Sardi, M. (1989), *Derecho consuetudinario chamacoco*, Asunción, RP Ediciones.
- (2003), *¡Palavai Nuul! etnografía nivaclé*, Asunción, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica.
- Clastres, P. (1974), “Le malheur du guerrier sauvage”, en Clastres, P., *La société contre l'Etat: recherches d'anthropologie politique*, París, Les éditions de Minuit.
- Cordeu, E. (2008), “La memoria Ishir (chamacoco) de la guerra del Chaco”, en Richard, N., *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco*. Asunción, Museo del Barro, París, Servilibro & CoLibris éditions, pp. 251-290.
- (2004), “Los tomaráxo y los ‘indios cavalheiros’ (Caduveo). Aportes para la historia de un sistema intertribal”, en Cipolletti, M. S., *Los mundos de abajo y los mundos de arriba. Individuo y sociedad en las tierras bajas, en los Andes y más allá*, Quito, Abya Yala, pp. 275-312.
- (1981), “Aishtuwénte. Las ideas de deidades la religiosidad chamacoco”, tesis doctoral, dirigida por Jean Vellard, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- *et al.* (2003), *Memorias etnohistóricas del Gran Chaco. Etnias toba (qóm) y chamacoco (ishír)*, PICT-BID/98, N° 4400, Buenos Aires, Conicet.
- El Diario* (1933), “Dos mil chulupis armados cruzan el río Pilcomayo”, La Paz, 16 de junio de 1933.
- Fernández, C. J. (1955/1987), *La guerra del Chaco*, Buenos Aires, Pellegrini impresores.
- Fischermann, B. (2001), “La cosmovisión de los Ayoréode del Chaco boreal», tesis doctoral, traducción inédita de “Zur Weltsicht der Ayoreode Ostboliviens”, Santa Cruz de la Sierra.
- Fritz, M. (1997), “Nos han salvado”, en *Misión: ¿destrucción o salvación?*, Quito, Abya-Yala.
- Fuente Bloch, R. I. (1992), *El cabo Juan (un héroe desconocido)*, La Paz, Colegio militar.
- Hoyos, A. (1932), “El proceso de la usurpación boliviana en el Chaco. Diario de campaña del Dr. Arturo Hoyos”, diario *El Orden*, Asunción.
- Joy, J. C. (1992), *Los fortines de la guerra: toponimia chaqueña*, Asunción, Editora Estudio Gráfico.
- Kehn, R. (1929), “Memoria sobre la situación militar actual en la zona sudeste del ‘Chaco boliviano’”, *Media Luna* (Argentina), Asunción, Archivo del Estado Mayor Paraguayo.

- La Tribuna* (1933a), "Pasan más desertores bolivianos a territorio argentino", Asunción, 20 de junio de 1933.
- La Tribuna* (1933b), "Llegan a 3.000 los desertores indígenas bolivianos que pasaron armados a territorio argentino", Asunción, 22 de junio de 1933.
- Métraux, A. (1946), "Ethnography of the Chaco", *Handbook of South American Indians*, LIX (1), pp. 197-370.
- Morel, M. (s/f), "L'Enfer Vert: approche comparée des relations Indiens/missions religieuses/militaires dans le Chaco en Guerre. 1918-1948", tesis doctoral en historia, Rennes, Université de Rennes 2 y Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Moscoso, O. (1939), *Recuerdos de la guerra del Chaco*, Sucre, Escuela tipográfica Salesiana.
- Querejazu Calvo, R. (1965), *Masamaclay. Historia política, diplomática y militar de la guerra del Chaco*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- Richard, N. (2007), "Cette guerre qui en cachait une autre. Les populations indiennes dans la guerre du Chaco", en Richard, N., L. Capdevila y C. Boidin, *Les guerres du Paraguay aux 19 et 20e siècles*, París, Colibris, pp. 221-243.
- (2008a), "Les chiens, les hommes et les étrangers furieux. Archéologie des médiations indiennes dans le Chaco boréal", tesis doctoral en antropología, París, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- (2008b), "Los baqueanos de Belaieff", en Braunstein, J. y N. Meichtry, *Liderazgo, representatividad y control social en el Gran Chaco sudamericano*, Buenos Aires, Eudene, pp. 150-176.
- (ed.) (2008c), *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco (1932-35)*, Asunción, Museo del Barro, París, Servilibro & CoLibris éditions.
- (2010), "Capitán Pinturas et cacique Chicharrón. Les rouages indiens de l'entrée militaire à l'Alto Paraguay", en Capdevila, L. et al., *Les hommes transparents. Indiens et militaires dans la guerre du Chaco*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, pp. 79-121.
- Sanchez-Labrador, J. (1910) [1770], *El Paraguay católico*, Buenos Aires, Goni Hermanos.
- Scarone, E. (1963), *Reconocimiento en fuerza en Pitiantuta, junio 29 de 1932. Contribución para la historia de la Guerra del Chaco*, Asunción, Imprenta Militar.
- Siffredi, A. (2009), "A Roman Catholic missionary attempt in the Chaco boreal (1925-1940): Father Walter Vervoort as an ethnographer", *Social Sciences and Missions* (22), pp. 28-54.
- Sterpin, A. (1993), "L'Espace social de la prise de scalps chez les Nivacle du Gran Chaco", *Hacia una nueva carta étnica del Gran Chaco*, Vol. 5, Las Lomitas, Centro del Hombre Antiguo Chaqueño, pp. 129-192.
- Susnik, B. (1969), *Chamacocos I: cambio cultural*, Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero.
- Von Bremen, V. (2007), "Impactos de la Guerra del Chaco en la territorialidad Ayorea", en Richard, N., L. Capdevila y C. Boidin, *Les guerres du Paraguay aux siècles*, París, Colibris, pp. 263-280.
- Von Eckstein, A. (1986), *Pitiantuta, la chispa que encendió la hoguera en el*

Chaco Paraguayo. Expedición del Gral. Belaieff, Asunción, Dirección de publicaciones de las Fuerzas Armadas.
Zook, D. H. (1961), *The conduct of the Chaco War*, Nueva York, Bookman Associates.

(Evaluado el 14 de abril de 2011.)

Autor

Nicolás Richard es doctor en Antropología Social (EHESS, París) e investigador en el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama, Chile). Coordina la línea etnográfica del programa de investigación “Les indiens dans la guerre du Chaco” (2008-2011), CNRS-Université de Rennes 2.

Publicaciones recientes:

— *et al.* (dir.) (2010), *Los hombres transparentes, indígenas y militares en la guerra del Chaco*, Cochabamba, Instituto de Misionología.

— (dir.) (2008), *Mala guerra, los indígenas en la guerra del Chaco*, Asunción, Museo del Barro y Colibris.

— , L. Capdevila y C. Boidin (eds.) (2007), *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles*, París, Colibris.

Cómo citar este artículo:

Richard, Nicolás, “La tragedia del mediador salvaje. En torno a tres biografías indígenas de la guerra del Chaco”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 3, N° 20, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2011, pp. 49-80.